

Paloma Alcubilla ***¿De qué hablan las amigas?***

Nunca olvidaré febrero de 2020. Nadie se explicaba por qué el Congreso del Movait se había suspendido. Unos meses después, conocería la existencia de un virus peligroso que nos cambiaría la vida y mostraría nuestras propias debilidades.

Como periodista, enseguida reflexioné sobre el porqué. Un virus global era la respuesta. ¿Qué consecuencias tendrían en mi vida diaria?

Soy mediterránea en estado puro; la vida en la calle es mi pilar de desarrollo porque es un crisol que nos muestra nuestra propia singularidad y, a la vez, nos descubre personas diferentes que, de alguna manera, nos revelan nuestro yo, —asombro ante lo diferente—. ¿Juzgo o solo observo?

De repente, este virus me obliga a dar un giro de 90 grados a mi vida, mi casa se convierte en mi castillo amurallado y, los libros en mi refugio. Creo que no va a durar mucho, quizás un mes o dos, rebusco en mi biblioteca, elijo un libro pequeño, solo 288 páginas; son unos cuentos escritos por José Luis Sampedro.

Me enganchan los relatos y compruebo cómo la austeridad elige la peor vertiente: la de la mezquindad, reflejando la atmósfera asfixiante que se respira en pequeños pueblos.

Sabiduría sufí es otra cosa. Recogimiento en un marco especial, el que le proporciona el granado. Nuestros sentimientos se abren gracias a ese olor especial, y su sombra nos protege no solo del calor, sino que nos aleja del ruido proporcionándonos la paz necesaria para la reflexión.

Sampedro muestra que una persona sabia es la que no se asombra de nada. Descubro que mi concepto de sabio y sabiduría se tambalean ante esta afirmación y decido compartirlo con “las cuatro jinetes del apocalipsis”

Este es el nombre de un pequeño grupo formado por cuatro amigas de posturas muy diferentes; lo que aporta gran riqueza a nuestras tertulias. Valoro nuestro espíritu de rebeldía y nuestra independencia de criterio en este mundo de pensamiento globalizado. Estos mimbres son los que dan una gran riqueza a nuestros debates.

El autobús F fue el punto de encuentro —esa “línea” que nos acercaba a otro mundo: el que nos abría la universidad como pilar de conocimiento. Lupe, Marian, Asún y yo forjamos una amistad que ha ido creciendo con el paso del tiempo. Compartimos las mismas aficiones envueltas en aire reivindicativo, aunque lo hagamos desde posiciones diferentes, dando paso a nuestra voz, la voz de la mujer.

Conscientes de que la amistad hay que cultivarla, decidimos hace veinte años reunirnos la primera semana de cada mes y hablar de algo que nos pareciera interesante.

Nuestros pensamientos están marcados por nuestro entorno: científico, mundo de la moda, familiar y periodismo. Mi mundo: el periodismo. Esa ventana abierta que recoge el caminar de la ciudadanía; su lado oscuro es que, a veces, la inmediatez vence al rigor.

Generalmente, en primavera nuestros comentarios derivan hacia temas más triviales; sin embargo, este año la pandemia nos ha llevado por otros caminos en los que la reflexión sobre este mundo nos ha devuelto ese aire juvenil que tanto añoramos, el de cambiar el mundo. ¿Quiénes somos? Pues, simplemente, cuatro amigas con inquietudes.

Lupe no puede evitar ese aire superior, cree que el ser científica le proporciona sabiduría y va siempre con un aire de “sabelotodo”. A veces, me pregunto si valen la

pena estas charlas, pero cuando pienso en ella la respuesta es “sí”. Hay que bajarle los humos y que vuelva a la realidad.

Marian, aunque tiene un doctorado, solo le sirve para que su marido la presente como una persona preparada, Su trabajo consiste en el cuidado de la casa y todo lo que esto conlleva: niños marido, etc. Creo que es la que más agradece estas reuniones pues son su vía de escape para ampliar horizontes.

Asún, editora de moda, cree que estas reuniones sirven para ponernos al día de las últimas novedades y, por fin, la protagonista o maestra de ceremonias, es decir “yo”, que me encargo de esas pequeñas cosas que hacen posible estas reuniones.

Hoy he elegido esta pequeña terraza acristalada para un día primaveral que nos permite estar aisladas, marco que considero imprescindible para las pequeñas confidencias. Sonríe divertida al verlas con sus mascarillas.

¡Chicas! —digo con tono solemne—, hoy el reto es analizar una frase que tiene mucha enjundia —y con una mirada pícaro añado—: ¿pensáis que es una condición sine qua non que el ser sabio no se asombre de nada?

La ciencia da grandes pasos —sigo—, la RAE estudia incorporar nuevas palabras para definir las nuevas singularidades que presenta el ser humano, ¿creéis que en este contexto esta frase tiene sentido?

Lupe medita unos minutos y, en tono suave pero firme, responde: —No es correcta. —¿Por qué? —preguntamos—. El objetivo de la ciencia es descubrir y su efecto inmediato es el asombro —afirma.

Creo que confundes términos. Intentas —replico— asumir que todo científico es sabio, pero creo que un científico no es per se un sabio.

Te recuerdo cómo la ciencia trabajó el concepto de histeria femenina en el siglo XIX cuando la menstruación era considerada como un fenómeno que afectaba al pensamiento, ya que la sangre provenía del cerebro y le impedía funcionar adecuadamente. Hoy este concepto esta demodé.

En tu opinión, debemos asombrarnos de los pasos que la ciencia da, sin embargo, querida, no nos impresionamos de lo que nos rodea. ¿Cómo explicas la naturaleza? —le pregunto—. Vemos su belleza, su poderío, lo insignificante que nos sentimos ante sus fenómenos atmosféricos: rayos, truenos... cómo nos castiga por invadir su entorno y nos muestra lo insignificante que somos.

La ciencia no se asombra ante los cambios de humor del mar —sigo—. A veces nos invita a compartirlos y otras nos rechaza enérgicamente con sus olas enfurecidas dispuestas a tragarse a todos los que invaden su “territorio”.

Se que la ciencia juega un papel importante pero no puede dominar el mundo si pisa la moral —termino—.

Veo que reflexiona y comprende que la ciencia, a veces, no estudia con rigor sus efectos, que los científicos con sus adelantos no se dan cuenta de que alteran el verdadero valor de la naturaleza, violentándola con sus descubrimientos.

Llevas razón —responde—, la ciencia está siguiendo, en algunos terrenos, pasos equivocados, cargados de deshumanización

—Si no me asombrara de los comportamientos de mis hijos —contesta Marian—, ellos crecerían alocadamente.

—Para empezar los niños no se asombran de nada, creen en ese mundo de magia que les envuelve, que nosotros les hemos creado —le contesto—. Además ¿qué es para ti crecer alocadamente?, ¿acaso tú eres el punto de referencia para una generación que crece en un mundo diferente, regido por nuevos adelantos en el campo tecnológico, científico?, ¿crees que las normas del pasado sirven para este nuevo presente?

Marian calla, pues en su mundo apenas utiliza el debate. A su marido le gusta decir la última palabra y ella aprecia la paz familiar sobre todas las cosas.

Ahora es el turno de la editora que, con mirada displicente, afirma: eso es una chorrada, el mundo crece por la curiosidad de cómo cambiamos nuestro estilo, nuestras nuevas creaciones producen asombro.

No entiendo —respondo—, cómo te puedes asombrar después de observar a un árbol, muestra perfecta de cambio según las estaciones, donde la profundidad de sus ramas nos impide ver lo esencial, su esqueleto. Este solo se nos mostrará al final, justo en la etapa más dura.

Los cambios que se producen según las estaciones son una señal de sabiduría y de adaptación; en la primavera trata de ser atractivo gracias a su rama; en verano sereno, amigable por su sombra, para nuestro descanso; en otoño sus hojas de color ocre nos ayudan a la reflexión y en invierno, cuando se despoja de sus hojas nos muestra lo más esencial, su esqueleto, su tronco, su fortaleza.

Se produce una pausa, observo que sus principios ya no son tan válidos, que he sembrado la duda en sus creencias anteriores. Enseguida me preguntan: ¿Entonces tú crees que eres sabio si no te asombras de nada? Siempre hemos partido de la base de que solo los tontos no se asombran de nada, ya que carecen de capacidad de análisis.

—La palabra asombro no significa que no dudes —respondo—, que no cuestionas la idiosincrasia de la naturaleza humana, donde el orgullo, la avaricia... las flaquezas forman parte del ser humano; para mejorar el mundo hay que conocerlas, el sabio debe diagnosticarlas para mejorar una sociedad enferma.

La historia de la humanidad es una historia de guerras donde la paz es efímera porque los conflictos surgen sin cesar.

El verdadero sabio es el que ve el problema con los ojos de un científico y la observación de un oriental. Sus huellas están ahí. Sus edificios son buena prueba de ello, materiales endebles como el yeso han conseguido construcciones de gran esplendor, rica ornamentación que el paso del tiempo no ha borrado. Ligereza, belleza, son sus señas de identidad que nos confirman la capacidad del hombre para dejar su testimonio.

La Alhambra de Granada es un claro testimonio. El aire artesano de sus materiales ha desafiado el paso del tiempo revelándonos la importancia que tiene el valor de la observación

El verdadero sabio es el que se hace preguntas, pero parte de la base de que el mundo cambia, evoluciona, que cuanto más conocemos más correcto es nuestro análisis.

Lo más importante es nuestro enriquecimiento interior y el descubrimiento de lo efímero de un mundo de apariencias; para mí. la verdadera sabiduría consiste en algo muy sencillo: no juzgar, solo observar y no asombrarse de nada.

El atardecer cargado de nubes rosas de ensoñación nos devuelve a lo cotidiano y nos indica que es hora de cerrar nuestra propia habitación —esa habitación irreal e ideal— que nos protege de un mundo a la deriva cuyas señas de identidad siguen los pasos de la ciencia como rigor mientras que la voz del filósofo genera cierta desconfianza.

A veces, me pregunto si la ciencia se ha convertido en el becerro de oro del siglo XXI al que adoramos y no cuestionamos convirtiendo a la filosofía en cenicienta a la espera de un príncipe que la rescate.

La calma da paso al bullicio, la terraza se llena de personas cuyos objetivos difieren de los nuestros, unas risas intrascendentes para poner broche a una jornada laboral.

Es la hora de nuestro adiós, de volver a nuestro entorno, Como siempre nos vamos contentas, con una actitud positiva por haber descubierto que todavía nos queda mucho camino que recorrer para saborear los frutos de la vida.